

Monseñor Carlos Cortés Lee

Aprendimos desde la infancia a admirar a Monseñor Cortés Lee: su nombre se pronunciaba con respeto en nuestra casa, y nos lo señalaban como una de las más puras glorias con que podían enorgullecerse la iglesia y patria colombianas. Nos decían ser él uno de los más eminentes oradores y que mantenía el prestigio de la cátedra sagrada entre nosotros; niños entonces poco entendíamos de letras; nuestras lecturas eran escasas o casi nulas. Más tarde recibíamos lecciones de retórica de nuestro inolvidable maestro el doctor Antonio Otero Herrera; quiso éste que, al obligado aprendizaje de reglas y figuras, juntásemos la lectura de los mejores modelos así en prosa como en verso, y nos hizo conocer fragmentos del sermón *El templo es la casa de Dios*.

Así conocimos literariamente a Monseñor Cortés Lee. Con esa primera lectura, avivósenos el deseo de gustar completas las obras que habíamos saboreado por fragmentos y entonces creció nuestra admiración por su autor, que cautivaba nuestros deseos y dejaba satisfechos nuestros gustos.

Al correr de los años, lejos de amenguarse estas impresiones primeras, se han corroborado, releyendo los escritos del predicador gloria del púlpito colombiano. Más tarde nos cupo la dicha de oír a Monseñor Cortés Lee en las ferias cuaresmales de Santa Bárbara. Hoy que Monseñor Cortés ha bajado al sepulcro, justo es que refresquemos ciertos recuerdos; los cuales serán también nuestro débil homenaje a la memoria del vir-

tuosísimo sacerdote gloria del clero, de la religión, del arte y de la patria toda (1).

Lo primero que se advierte al contemplar la personalidad de Monseñor Cortés es la magnanimidad de su carácter; ni una duda, ni vacilación el seguir una dirección constante sin parar mientes en los obstáculos, sin cansancio ni desaliento. En su larga carrera sacerdotal dio ejemplo de desprendimiento de los bienes terrenales, de piedad profunda, de amor a sus semejantes. Debajo de esa férrea coraza latía un corazón noble y ardiente a quien devoraba el celo por la casa de Dios. El que sin miras ni contemplaciones censuraba los vicios sociales, lloraba con los pecadores y ayudaba sus dolencias, al modo del héroe troyano que cubierto aún con el polvo del combate acudía a estrechar entre sus brazos al débil pequeñuelo; pero ante todo era sacerdote; «quien contempla a Jesucristo, decía en uno de sus sermones, siente despertar en sí los gérmenes de todo bien y cuanto más se acerca a El por la imitación, es no sólo más cristiano sino más hombre, porque corresponde mejor a la primitiva idea del hombre en la mente de Dios».

En este trozo no parece sino que Monseñor Cortés se retrató a sí mismo; en sus sermones, además del sentimiento ostentan una robustez de pensamiento nada comunes unida a una convicción profunda. Y así tenía que serlo para ser orador de veras; ¿se concibe un orador no digamos sagrado sino profano, despojado de creencias, sin sentimientos, sin alma, en fin? El orador es un hombre de creencias muy firmes y arraigadas, que ve más que los demás hombres y siente más

(1) Nació en Zipaquirá en 1859 y murió en París el 9 de marzo de 1928.

que todos, y cuya alma vibra al unísono con la de sus oyentes.

Hay en la oratoria como en toda obra dos elementos: el subjetivo y el objetivo, lo que está dentro y lo que está fuera. Este último predomina más en la obra del orador aunque el otro no está ausente por completo. Así, pues, la oratoria guarda íntimas relaciones con la dramática; en ambos interviene e informa la obra el elemento popular. Podrá el poeta lírico escribir sus versos, para que un reducido grupo de admiradores suyos gusten de ellos; el novelista se cuidará poco de que su obra sea un enigma para muchos; pero dramaturgo a quien no se entienda, orador a quien no se comprenda, será un absurdo, porque carece del elemento popular, la compenetración íntima con las ideas y sentimientos de los que le escuchan.

La elocuencia sagrada se diferencia hondamente de la profana; aquélla tiene por objeto a Dios, ésta al hombre; la una enardece las pasiones, la otra las aquieita para encaminar al hombre a su último fin; escúchase la una en la plaza pública, la otra en el recinto del templo.

Los oradores son escasos en todas las naciones así antiguas como modernas, todavía lo son más los oradores sagrados. Francia los tuvo insuperables; España se puede decir que no los poseyó. En América el exceso de tropicalismo nos ha sido funesto; pero en Colombia hemos tenido varios que podríamos equiparar sin desdoro a los franceses; y entre ellos y en primer lugar Cortés Lee.

España fue el país de los místicos y acéticos: Santa Teresa ascendía a la oración en sus *Moradas*; San Juan de la Cruz, subía por la cuesta del *Carmelo* derramando a su paso flores de exquisita fragancia tomadas del

huerto del *Cantar de los Cantares*; Fray Luis de León declaraba las excelencias del *Pastor* y del *Cordero* en los Nombres de Cristo y revestía sus místicos anhelos con el clásico manto de Horacio; Fray Luis de Granada, exponía los altísimos misterios contenidos en el *Símbolo de la Fe*, en la *Guía de Pecadores*, en donde, como en las demás obras suyas, se juntaron la elocuencia más sublime y el brillo y justeza de la cláusula castellana rotunda y musical.

Y a pesar de haber sido la nación española tierra privilegiada para que en ella naciesen los más altos ingenios, tanto místicos como acéticos, algunos de los cuales escribieron sus sermones, éstos no alcanzan, si exceptuamos a Granada, la perfección del género; son obras descoloridas que lo mismo fueron escritas para ser leídas que para ser predicadas; no hay en todas ellas ni un solo pensamiento que se salve del olvido por su trascendencia y elevación, ni uno de esos fulgores que notamos en los de Bossuet y que nos producen la sensación de lo sublime.

Ni siquiera son obras representativas del pensamiento español; no se puede decir que hubiera púlpito en España como hubo mística y hubo novela y teatro.

A lo sumo fray Alonso de Cabrera se acerca al modelo del sermón clásico tal como éste se concibe; pero si bien es cierto que triunfa por la llaneza del lenguaje, en cambio se eleva pocas veces; es realista, conocedor de los recursos del idioma castellano, hábil en manejar su sintaxis; le dio a la predicación forma puramente española, pero no tuvo alientos para trocar sus sermones de españoles en universales.

Al paso que los predicadores franceses se cuidan poco de detalles, y sólo miran a predicar la doctrina revelada, despojándola de cuanto sea inútil y oscuro para

su completa inteligencia, los españoles, y principalmente el padre Cabrera, entremezclan lo pequeño y lo grande, lo grave y lo risueño; los relatos de los libros de caballerías, junto con las verdades eternas; no en vano compuso Cervantes el *Quijote*. Exceso de fantasía aquejó a los españoles: fue su arte demasiado libre, y al libertarse de las reglas, en buena hora para la novela y el teatro, olvidaron los eternos modelos de la belleza clásica, la sobriedad, la claridad, que al lado de la elegancia y la nobleza constituyen los rasgos de la predicación cristiana tan favorecida en Francia, país en donde hasta los mismos románticos son clásicos.

Al finalizar el siglo XVII, y con él la decadencia política e intelectual de la península, la oratoria sagrada adoptó los procedimientos de la escuela de Góngora, y entonces sí se consumó su ruina; fray Hortensio Palavicino es el principal representante de esta época, a la cual se encargaría más tarde de asestarle golpe mortal, el padre Isla, en su célebre *Fray Gerundio*. Quizá, no sería aventurado afirmar, que a España le hizo falta la influencia de un preceptista a lo Boileau, para corregir el mal gusto. En el Hotel Rambouillet se juzgaba a los poetas, a los autores dramáticos, a los oradores sagrados; si ese pseudo clasicismo, extremó por una parte la preceptiva, por otra corrigió los extravíos de la imaginación, decantó el pensamiento francés, y le imprimió ese sello de aticismo y sencillez propios del arte helénico.

Hay en la obra del orador sagrado un elemento humano, la forma con que reviste sus pensamientos; el fondo lo constituye la doctrina revelada, que al decir de Monseñor Cortés, «sustenta y ciñe al predicador, quien no propone sino lo que Dios tiene revelado; sin salirse de ella ni un punto, y no estribando en las

persuasibles palabras de la humana filosofía, sino en la autoridad inmovible de la Iglesia, columna y firmamento de la verdad.»

Los conceptos de verdad y bondad son inseparables de la predicación, pero si a éstos se agrega el de belleza, el goce estético sube de punto, y entendimiento y fantasía reposan satisfechos. A la crítica le corresponde analizar los elementos formales, la técnica artística del predicador, los modelos que han seguido, sus tendencias y gustos, en fin, su formación intelectual.

No la pudo haber mejor en Monseñor Cortés; desde joven cobró afición a las lenguas clásicas hasta llegar a poseerlas y manejarlas como maestro consumado; principalmente dedicó todo su esfuerzo a la lengua griega, de suerte que puede decirse que fue el verdadero ateniense de esta Atenas suramericana. En la Facultad de Filosofía y Letras del Colegio del Rosario se formaron, bajo la dirección suya, un grupo de helenistas que a su vez han ido transmitiendo las lecciones del maestro, como esas antorchas de que nos habla la fábula griega. Este conocimiento de las lenguas clásicas lo llevó a estudiar las principales modernas y la suya propia que manejó con invencible poderío; tiene de fray Luis de Granada la orquestación de la cláusula; de Valera, el aticismo, pero con más sentimiento; de los griegos la tersura; de los franceses el buen gusto, de los clásicos españoles la armonía y robustez; con ser de suyo oratorio huye de la pompa y rimbombancia del período; no es un estilo ni ampuloso ni cortado, él *ne quid nimis*, secreto del arte clásico, imposible de imitar por quien no sea él. Allí no se advierte el trabajo de la lima; cada idea encuentra su modo adecuado de expresión; el artista interviene al lado del expositor y del teólogo para convertir el pensamiento en subyugadora imagen, dándole ese retoque propio de

los grandes artistas que Santo Tomás apellidó esplendor o brillo, y que no es sino la belleza misma.

Su estilo tiene todos los tonos, desde el sublime hasta el llano y familiar. A veces descende de las alturas a que se había encumbrado para impugnar el error y entonces tiene frases irónicas para desbaratarlo con esa lógica suya contundente y avasalladora. Y es que Monseñor Cortés tenía una idea altísima de la belleza artística. Veamos cómo la concebía: «La mente humana, participación y destello de la inteligencia divina, vislumbra en todo orden de cosas un prototipo de perfección y belleza, que en vano se busca en ninguno de los seres reales ni en el conjunto de todos ellos. Por alcanzarlo y darle vida se esfuerza el artista pero sin conseguirlo jamás, porque sus obras resultan siempre frías y pálidas al lado de las figuras luminosas que entrevió en el momento feliz de la inspiración. No es el arte copia servil de la naturaleza: la imita, pero sublimándola, despojándola cuanto es posible de las asperezas y defectos que la idea pura contrae al encarnar en la realidad, al entrar en maldaje con la materia grosera; así, que cuando el arte se aleja más de la realidad prosaica pero no caprichosamente, no falseándola, sino depurándola para acercarla a su arquetipo ideal, tanto es más noble y más digno del título del creador porque nos muestra las cosas no como son en sí sino como de hecho son en la inteligencia del artifice soberano, en cuya mente viven y vivieron todas las cosas creadas desde la eternidad, como vive y alienta en la mente del artista, el ideal que luego se traslada al lienzo o encarna en el mármol cincelado, o bulle en el vaso alabastrino de inmortales estrofas» (1).

(1) *El Santo de los Santos* (Homenaje a Jesucristo—1923).

Este elogio de la belleza que envidiarían los griegos contiene la doctrina estética que guió en todas sus obras al teólogo artista. Pero no basta la simple copia para dar una idea del orador. Dificil será para los que no lo conocieron darse cuenta de la fascinación que ejercía Monseñor Cortés en cuanto nos cupo la dicha de oírlo en la cátedra sagrada. Cuerpo elevado y proporcionado, rostro severo, manos bellas, voz potente, bien timbrada y grata al oído; desde el momento que aparecía en el púlpito dominaba el auditorio; principiaba en tono pausado, y se iba animando conforme avanzaba en la exposición; tenía el secreto de mover los brazos con tal maestría, que no se advertía en él ni un solo movimiento desacompasado, ni un solo golpe teatral. Las manos subían y bajaban al calor del discurso. Su rostro se iluminaba cuando hablaba de la gloria, de las verdades eternas, se fruncía cuando trataba del pecado o sonreía con desprecio cuando exponía los errores de la incredulidad moderna; su voz tenía todos los matices, ya era dulce, ya grave, ya solemne o sentenciosa. El idioma castellano adquiría en boca suya toda su riqueza y majestad. Huía de dos opuestos escollos, el del sentimentalismo y el de las lamentaciones patéticas. Alguna vez lo vimos enternecerse pero sin llegar a las lágrimas, condenar el pecado sin acudir a los gritos.

Predicó muy poco relativamente, y a eso debió el secreto de su prestigio; no gustaba de la popularidad, y sólo accedía a predicar después de repetidas instancias; «no he vuelto a ocupar el púlpito, decía a un confidente suyo, porque he notado que la gente acude por verme a mí y no por escuchar la palabra divina». En una ocasión faltó poco para que los que lo escuchaban rompiesen en aplausos con motivo de unos ejercicios

espirituales, en que tomó parte Monseñor Cortés discurrendo una hora entera sobre la *eternidad*. Los que lo escucharon declaran no haber oído nada igual ni en el mismo púlpito francés.

Jamás podremos olvidar esa figura majestuosa que parecía de otro tiempo, esa cabeza que recordaba a la de Cicerón, ese conjunto armonioso que traía a la mente la imagen de esos padres de la Iglesia, los cuales realizaban el modelo de orador que trazó Quintiliano: *Vir bonus peritus dicendi*.

JUAN MANUEL ARRUBLA

ZORRILLA

(EVOCACIÓN ROMÁNTICA)

Ultimo trovador, último atleta
De la España de Lope y de Cervantes,
Dueña del mundo y madre de gigantes,
No era un poeta más: ¡era el Poeta!

Era el hombre-legión, era el que reta
En el vuelo a las águilas triunfantes,
Y oye a Dios en las zarzas llameantes,
Y habla con voz enorme de profeta.

Bebióle el alma mística a Toledo,
El ensueño a Granada, edén del moro,
Y el prestigio romántico a Sevilla;

Y cuando nuestra fe, nuestro desnudo,
Vida cobraron en sus versos de oro,
La España heroica se llamó Zorrilla.

BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ